


# SÁHARA 75

CÉSAR RAMÍREZ

# SÁHARA 75



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: mayo de 2026

© César Ramírez Sánchez, 2026  
© de la presente edición: Edhasa, 2026  
Diputación, 262, 2.º 1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6472-9

Impreso por Gómez Aparicio, S.L.

Depósito legal: B 7164-2026

Impreso en España

*A Jesús: colega, superpapi  
y, ante todo, un buen amigo*

«Y, no seamos hipócritas, cuando las cosas empezaron a ponerse feas, todos confiábamos en que la Legión sería quien parara los pies a los marroquíes en primera línea de combate»,

Xavier Gassió

## Residencia militar de oficiales Sidi Ifni 1959

Cuando sonó el timbre, Enrique y Andrés corrieron hasta el recibidor en una lucha que terminaron con la respiración entrecortada y sin saber quién estaba al otro lado. Los niños, de doce y trece años, esperaron a que su madre abriera la puerta. Para ellos, la vida era una competición, y aquella carrera una excusa más para medirse.

–¡Un momento! –gritó Alicia con su acento lisboeta.

Un sudor frío le recorrió el cuerpo tras girar el pomo y ver al compañero de su marido, pero intentó mantener la calma. Habían salido de misión, y aquella visita inesperada no podía traer nada bueno. Su compañía, encuadrada en la Primera Bandera de Paracaidistas, estaba en primera línea de combate, y las bajas entre las tropas españolas eran muy numerosas.

El teniente Ventas permaneció inmóvil. Incapaz de contener una sonrisa piadosa, abrazó a los críos mientras Alicia escrutaba sus movimientos, sus gestos, su mirada... El tito Carlos, como lo conocían, era uno más de la familia; verlo allí de uniforme no suponía ninguna sorpresa.

–Hola, Carlos... ¿Cómo estás? –dijo ella, tratando de ocultar su miedo.

–Hola, Alicia. ¿Puedo pasar?

–Claro, vamos al salón... Chicos, a vuestro cuarto. Después voy.

De camino a la habitación, Alicia se llevó las manos a la barriga y apretó los nudillos contra la piel. Mantenía el equilibrio como podía. No era tonta y sabía que, en el mejor de los casos, su marido estaba herido en algún hospital de campaña.

Carlos seguía sin decir nada y su abrazo confirmó a Alicia el peor presagio. Henrique había muerto en los brazos de su amigo, de un disparo en el vientre.

–¿Sufrió?

–No. Caímos en una emboscada y todo sucedió muy rápido –contestó él para ahorrarle los detalles de la agonía.

1  
El Aaiún, capital del Sáhara español  
1973

Agarrado a su botella de Vat 69 como quien agarra un tesoro, el teniente Andrés conversaba con su amigo Brahim en la barra. Hablaban de las patrullas por el desierto, con temperaturas que alcanzaban los cincuenta grados y luego se desplomaban en la madrugada. No era habitual ver a un oficial compartiendo whisky con un saharauí, y ambos soportaban las críticas de los clientes que no veían con buenos ojos que un nativo entrara en el club con su ropa tradicional. Pero nadie se habría atrevido a desafiar a un teniente del tercio con fama de repartir guantazos sin muchos miramientos. A pesar de ser el mejor local de la ciudad, el ambiente rancio se mezclaba a ciertas horas con una cortina de humo tan densa como los prejuicios de los presentes. En un lugar donde los acuerdos comerciales sonaban al tiempo que Demis Roussos cantando *Mi amigo el viento me contará un secreto*, civiles y militares trataban de sacar la mayor tajada posible de un destino al cual, en su mayoría, se habían visto forzados a ir.

Al igual que otras chicas, Sara se paseaba entre los reservados con cierto aire felino. El mono de licra, negro azabache, marcaba sus curvas, y el reflejo de las luces dejaba con la boca abierta a los mirones. La lámpara esférica cubierta de pequeños espejos tenía un efecto hipnótico; casi resulta-

ba tan cautivadora como las jóvenes que flirteaban con la clientela.

Conocía bien al teniente, pero no tanto como le habría gustado. Él frecuentaba el club cuando no estaba de servicio y en más de una ocasión había querido llevárselo a la cama. Aunque habían hablado alguna vez, él bebía y fumaba tan compulsivamente que solía acabar borracho, sobre el tablón, balbuceando palabras en portugués que nadie entendía. De no ser por el asistente que lo esperaba en la puerta, habría dormido allí alguna que otra mona. Aquel legionario de tez morena, conocido como Setenil, aguantaba hasta la madrugada con una Coca-Cola y después se llevaba a su oficial sujetándolo por el hombro y la cintura.

La clientela solía ir trajeada, de modo que aquellos hombres formaban una pareja muy extraña. A nadie le pasaba desapercibido el uniforme del teniente ni su imponente revólver, y mucho menos la *derráa* celeste de su compañero con el turbante enrollado al cuello. Si alguien tenía algún problema con ello, desde luego no era la dueña, mientras fueran a lo suyo y dejaran buenas propinas. Aquello era parte del trato y ambos cumplían.

Sara estaba muy guapa esa noche y, como siempre, destacaba entre todas las chicas. Reclutada en Las Palmas de Gran Canaria junto a otras prostitutas, el oficial de Intendencia que la había trasladado no podía creer que hubiera conseguido semejante bombón. No en vano era conocida como la Reina de los Arenales, y el apodo justificaba los trescientos duros que costaban sus servicios. Además, era la única chica que seleccionaba con qué hombre se acostaba o se tomaba una copa, aunque sus compañeras estuvieran aún de muy buen ver.

Por un momento, sus miradas se cruzaron y un cosquilleo los estremeció. Las historias de putas y legionarios eran

de sobra conocidas, como si el rechazo y el desarraigo los uniera con más fuerza. La comunión de unos desheredados a los que, además de la atracción, unía la necesidad.

Sara agachó la cabeza con una mueca que la delataba. Intentó disimular la sonrisa en un escenario en el que era la protagonista. Sin embargo, se dirigió hacia la barra como una depredadora que contara los pasos hasta su presa. Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

–Hola, Andresito –susurró. Le pasó el dedo índice por la espalda y le clavó, traviesa, una uña. Le gustaba usar diminutivos con sus clientes y el joven teniente era uno de sus preferidos–. ¿Vas a invitarme a champán?

–Guapa, vete a contarles tus milongas a otros... ¿No te conformas con una copita de Anís del Mono? –contestó Brahim, protegiendo algo más que el dinero de su amigo.

–Vengo en son de paz, muchachos. Sólo quería pasar un ratito con ustedes –dijo, con un acento tan dulce como las miradas lanzadas a modo de anzuelo. Luego se encogió de hombros.

–Vamos, échate una copa con nosotros –intervino Andrés con tono diplomático para zanjar la discusión.

Ella no dijo nada; ni siquiera asintió. Tomó un cigarrillo del paquete y lo prendió con su encendedor. Aspiró profundamente y le lanzó el humo a Andrés en una bocanada que apuntaba a sus labios.

–Veo que no has cambiado de marca –siguió Sara, dejando el cajetín rojo de Lark sobre la barra.

–Ni de bebida.

–Hablando de bebida... Como no merezco champán, ¿me invitáis a un ron? –Brahim no pudo evitar sonreír–. La jefa trae ese whisky expresamente para ustedes –apuntó señalando las botellas de la estantería.

–Y me da que le sale rentable –añadió el saharauí.

–Esa tía no da puntada sin hilo, mi niño. Sabe lo que hace. –Eché un trago del cubalibre que le acababan de servir saboreando el hielo como si fuera un caramelo–. ¿Por qué venís a este garito habiendo montones de clubs más baratos?

–Nos gusta joder a esta panda de gilipollas –sentenció Andrés, sin tomarse la molestia de mirar a los que estaban a su espalda.

El joven teniente se comportaba como si hubiese nacido en un puticlub. Estaba cómodo y no necesitaba mucho más que una botella, tabaco y una vitrina llena de bebidas donde fijar la vista y aparcar la mente. Allí podía ser él mismo si lo dejaban tranquilo. Y, si no, podía poner en su sitio a cualquiera que se pasase de la raya. Aquello le gustaba y no trataba de disimularlo.

A pesar de todo, ellos sabían que no encajaban. Lo normal habría sido que Andrés estuviera en el casino militar y Brahim en casa con sus niños; pero el primero no estaba bien considerado por ser hijo de una portuguesa de dudosa reputación, y el segundo no lo estaba por ser un abid, hijo de una esclava negra comprada en el sur del Sáhara para los trabajos más pesados y el desahogo sexual de su dueño. Además, en una sociedad tan tradicional como la saharauí lo consideraban un paria por no estar casado e incumplir continuamente los preceptos del islam bebiendo alcohol con aquel nasarani.

–¿Habéis capturado a muchos malos? –Aquella chica tenía la habilidad de hacer reír a Brahim.

–Ése es el problema –dijo Andrés–. No saber quiénes son los malos.

–Los malos son los malos, Andresito. Es fácil, mi niño.

–Ojalá fuera tan sencillo.

–Pues explícamelo. Esta noche soy toda tuya.

–Necesitaría una botella de Arehucas... Y ni aun así.

–¡Coño con los hombres!

–Bueno, jóvenes, uno que se retira... Me va a parecer mentira dormir esta noche en un colchón –se despidió Brahim.

–Descansa, compañero. Nos vemos mañana.

–A sus órdenes, mi teniente. Señorita, a sus pies.

Hizo una reverencia, giró sobre sí mismo como un actor de teatro y se fue sin olvidar saludar a la jefa. Sabía por experiencia que una de las reglas de la casa era llevarse bien con ella.

–Tiene cara de cansado –comentó Sara. Estaba dando conversación y su tiempo con Andrés no iba a amortizarlo como solía. Pero se sentía a gusto a su lado y se dejaba llevar.

–No me extraña... Después de un mes dando bandazos, uno termina reventado.

–¿Ha durado un mes vuestra última patrulla?

–Con sus treinta días y sus treinta noches.

–Pues a mí se me ha hecho muy corto –rio–. ¿Y Brahim es un buen guía?

–Mejor. Moverse por el desierto es casi imposible y sin él estaríamos ciegos, sordos y, si me apuras, hasta mudos. Y mira que eso es difícil en el tercio.

–¿Y cómo es que habla tan bien español?

–Fue al colegio de Esmara.

–Lo conoces bien. ¿Habláis mucho?

–Lo suficiente para saber que es alguien a quien podemos confiar nuestras vidas. Si te pierdes por ahí, lo pagas muy caro.

–Guau..., no sabía que su trabajo fuera tan importante.

–Para nosotros, mucho. Una pregunta, Sara: ¿vienen últimamente muchos marroquíes por aquí?

–Pocos. ¿Por qué?

–Cosas más... ¿Los conoces?

–Digamos que bastante bien.

–¿Y cómo son?

–Deben de ser importantes, porque llevan trajes caros y gastan dinero a espuestas.

–¿Y eso...? –A Sara le extrañó que él hiciera tantas preguntas; solía ser al contrario.

Andrés la miró a los ojos. Bastaron unos segundos para dar un giro a la conversación y retomarla donde había quedado la última vez. Acostumbrada a salirse con la suya, Sara recordó que tenía una pequeña cuenta pendiente.

–Un mes sin estar con una mujer es mucho, ¿no?

–Demasiado.

–¿Y no te apetece...? –Intentó aprovechar su debilidad con una mirada que también hablaba por ella. Su intuición le decía que era el momento.

Andrés afirmó sin decir nada. Un sí muy diferente al de otros hombres. Se levantó y agarró la botella, pero ella le dio un manotazo.

–Esto se queda aquí. Ya has bebido demasiado.

–Joder, ya empiezas a mandar.

–Esta noche soy tu comandante –le dijo al oído.

–Espera, le voy a decir a Setenil que se vaya.

Cuando salió a la calle, el legionario corrió hacia él.

–Setenil...

–A sus órdenes, mi teniente –respondió el otro con su acento de la sierra de Cádiz, cuadrándose.

–Puedes irte.

–¿Seguro, mi teniente?

–Claro, coño. ¿Qué eres?, ¿mi padre?

–No, mi teniente.

–Pues hasta mañana.

–Lo que usted ordene, mi teniente.

Setenil temía que le pasara algo, pues tenía la orden directa del comandante Ventas de cuidar de aquel hombre y no perderlo de vista. El oficial era propenso a meterse en follones y no había nadie mejor en la compañía para partirse la cara a su lado.

\* \* \*

De regreso al club, Sara entró en el reservado. A ella le habría gustado ir de la mano con él, pero hasta en aquellos lugares había que guardar la discreción o una cierta apariencia; algunos llevaban una doble vida y había ojos y oídos por todos lados.

Dentro del cuarto, la luz tenue se volvió rojiza y la música apenas se oía. Estaban solos, y el pestillo de la puerta era una protección tan eficaz como la de los preservativos que Sara guardaba en el bolso.

Al mirarlo pensó que le habría hecho el favor gratis, pero los negocios eran los negocios. Le ponía aquel fornido morenazo de metro ochenta que iba siempre con la camisa abierta; y por fin lo tenía. Se acercó y le rozó la boca. Bailó al son de una música imaginaria y él ciñó su cuerpo hasta lamerle el maquillaje como quien saborea un helado que se derrite. La respiración se le entrecortaba y ella oyó su pulso cuando le ofreció el cuello para que lo mordisqueara. Logró intuir la canción y, al fin, contoneó las caderas al compás. Lo estaba manejando a su antojo y Andrés se dejaba llevar. Cuando la agarró por la cintura, ella lo tumbó en la cama y lo atrapó como una tigresa. Le sujetó las extremidades y lo retuvo con el cuerpo. El pantalón ajustado del uniforme marcaba el paquete y ella se rozó una y otra vez mientras se abría de piernas y le acariciaba las mejillas.

Prefiero no pensar,  
prefiero no sufrir,  
lo que quiero es que me beses.  
Recuerda que deseo tenerte muy cerca  
pero sin darte cuenta te alejas de mí.

Él intentó besarla, pero ella lo impidió poniendo los dedos entre ambos.

-Puedes pedirme lo que quieras menos eso.

-¿Lo que quiera?

-Todo -le dijo al oído.

-Necesito que me pases información.

-¿Información? -preguntó sin terminar de creerse lo que acababa de escuchar.

-Información sobre un marroquí...

## 2

# Esmara, ciudad santa, Sáhara español 1969

–¡Se están repartiendo el Sáhara como si fuera un trozo de pan! –gritó Samir a sus amigos nada más entrar en la vivienda.

–Cálmate, hermano –respondió Basiri–. Siéntate con nosotros y bebe un poco de agua –pidió con la paz que lo caracterizaba. Su formación y sus conocimientos del Corán lo habían llevado a ser una persona muy influyente en la comunidad y estaba acostumbrado a lidiar con todo tipo de situaciones–. No creo que hoy se acabe el mundo. Hablaremos mejor con un té.

–El mundo no sé, pero acabo de escuchar por la radio que hay negociaciones entre España, Marruecos y Mauritania para repartir el Sáhara entre nuestros países vecinos.

–La radio... ¿Qué emisora?

–La BBC, hermano, la BBC.

Basiri sirvió el té con cara de preocupación, intentando que el largo chorro que rompía en el vaso le revelara algún mensaje como el que recibió Mahoma de Allah. Las palabras justas tenían un significado, y a veces era mejor buscarlas en los detalles más pequeños. Entendió que debía fijarse en la espuma, el olor y hasta la pequeña corriente que recorría la casa. Se quedó en silencio y, por un instante, recordó a los enfermos a los que había dado consuelo esa mañana, los mismos a quienes había aconsejado en cuestiones

sagradas y con quienes había conversado sobre ideas independentistas basadas en doctrinas de Siria y Egipto. Se centró en la palabra, en el poder de la lucha y en la convicción. Entonces salió de dudas.

Sentados sobre las tarbas, aquellos jóvenes de la etnia erguibat digerían el primer vaso de un té tan amargo como su propia vida. La noticia parecía cierta y querían mostrar una ira que chocaba con la serenidad de Basiri. Era algo incomprendible, después de haber padecido en Tarfaya y Cabo Jubya la traición de España y la posterior represión de los marroquíes contra los saharauis, que quedaran atrapados en su propia tierra. Sin embargo, esperaron a que Basiri dijera algo como si se respetara una cadena de mando. Lo conocían: buscaba la forma de comenzar.

Entre ellos también estaba Brahim Gali, hombre de confianza, escribiente de las Tropas Nómadas y una de las personas más preparadas de todo el territorio.

–La historia no debe repetirse y tenemos que actuar ya –soltó finalmente Basiri. Los demás ya podían vomitar su furia contra los españoles.

–El Gobierno militar nos ha metido aquí al Batallón de Castigo y la gente tiene miedo de esos salvajes.

–Desde que un legionario violó a esa niña, los padres no quitan ojo a sus hijos. ¿Cuándo se había visto eso?

–Tienen que irse –replicó al fin Samir–. Ésta no es su tierra y nos tratan como a perros por mucho documento nacional que nos quieran dar. –Estaba tan indignado como los demás.

–Por mucho que nos esforcemos, siempre nos verán como a ciudadanos de segunda. –Era Gali quien hablaba ahora–. Los militares nativos no pasamos de suboficiales, aunque nos necesitan, y apenas un puñado de estudiantes han conseguido una beca para estudiar en Canarias o en la Pe-

nínsula... Los empleados de las empresas cobran menos que los españoles, y no hay un solo médico o abogado saharauí... ¿Acaso nos toman por idiotas? ¿Acaso merecemos este trato? No podemos ni entrar en un bar sin que nos miren mal, y nos prohíben hasta darnos un baño en la piscina del Parador, llena de culos blancos. Los españoles nos dejan fuera de sus círculos porque son racistas. ¡Que se metan sus bares y sus casinos por donde les quepan!

–Franceses y españoles dibujaron los mapas sin tenernos en cuenta, y ahora se supone que debemos quedarnos de brazos cruzados.

–Se repartieron África como si fuera un pastel y nosotros somos las últimas migajas...

–Todo eso me parece bien. Sin embargo, debemos ser muy cautos.

–¿A qué te refieres? –preguntó Samir a Basiri.

–Lo que quiero decir es que los deseos expansionistas de los sultanes son muy antiguos y la ambición de los marroquíes es infinita. De momento, necesitamos la protección de los españoles para pararles los pies... Los nasaranis se irán algún día, pero si entra aquí Hassan II no se moverá en la vida, y ni nuestros hijos, ni nuestros nietos ni sus nietos verán nunca un Sáhara libre.

–Son hermanos musulmanes. No pueden quitarnos nuestras tierras...

–Te equivocas, Samir –interrumpió Basiri–. El rey alauí está presionado por el Istiqlal y atacará como un lobo solitario que se ve acorralado. No menosprecies a un animal que utiliza su instinto para sobrevivir. Es capaz de cualquier cosa.

–¿A dónde quieres llegar? –Samir llevaba varios días enfrentado a sus pensamientos y no entendía a qué venía hablar de un rey que estaba a mil kilómetros. Si los problemas procedían del régimen franquista, debían pensar en eso

y no en Hassan II. Salvar los obstáculos sobre la marcha era su prioridad; no se planteaba un futuro a largo plazo.

–El Sáhara tiene poco más de setenta mil habitantes, y una nación como la nuestra no puede dominar un territorio tan extenso. No tenemos infraestructuras ni gente cualificada para los proyectos que necesitamos. Por eso son tan importantes los estudiantes. En estos tiempos no nos interesa la independencia, pero sí un compromiso del Gobierno español para llegar a una autodeterminación que nos beneficie a todos, no sólo a la élite corrupta que han puesto los fascistas. Ellos no nos representan, la Yemaa está manipulada y quieren el dinero para sí mismos y sus familias –respondió Basiri.

Samir agachó la cabeza. Su padre pertenecía a la Asamblea General y era una de las personas más influyentes de El Aaiún. Sus contactos con los gobernadores militares eran de sobra conocidos y sus ambiciones políticas se extendían mucho más allá de la capital, como la arena del desierto.

Franco quería aferrarse a las riquezas del Sáhara y había trazado un plan a largo plazo. Se jugaba algo más que su prestigio y sus objetivos pasaban por mantener una asamblea de notables afines a España con quienes mantener relaciones comerciales si algún día abandonaban el territorio. No quería repetir los errores del pasado y su estrategia, de momento, estaba dando buenos resultados.

–¿Ahora debemos adorar a los españoles como si fueran los Reyes Magos? –masculló Samir en tono irónico.

–Cuida tus palabras, hermano –lo corrigió Basiri–. Tenemos que defender una causa y nuestro sacrificio debe estar muy por encima de nuestras vidas; pero, si nos perdemos el respeto, jamás conseguiremos nada. Si verdaderamente queremos servir a nuestra patria, es hora de permanecer más unidos que nunca.

–Eso no lo discute nadie, pero hay cosas que no entendemos.

–Mira... Al final, los españoles se irán porque no podrán aguantar la presión internacional. La descolonización de África es un hecho y nosotros somos uno de los últimos reductos del continente. Pero para vencer al enemigo hay que conocerlo y ser más inteligente que él. Cuando los nasaranis se fueron de Tarfaya en 1957, todos creímos ganar con el cambio. Veíamos al águila de la bandera española como un signo de represión, y no supimos en realidad lo que significaba hasta que los marroquíes ocuparon el territorio.

Aprovechando una pausa, Basiri sirvió el segundo vaso y les tendió la mano. Su transmisión fue tan «fuerte como el amor» y les confesó lo que llevaba pensando algún tiempo. Bajo la cúpula abovedada del salón, las alfombras se enlazaban como sus pensamientos. La pausa para tomar un sorbo dio paso a la siguiente frase como una premonición de lo que Allah quería decir por su boca. Basiri habló con fe, pero también reivindicando el sueño de miles de saharauis con mensajes políticos tan directos como necesarios. Debían dialogar. Así lo quería el Todopoderoso, y así lo hacía saber él.

–Hermanos, vamos a crear un partido político para reclamar la independencia, y éste es el momento de sentar las bases.

Samir apretó los puños en un gesto de victoria y Gali no pudo hacer más que mirar a sus compañeros con la misma emoción. Hacía tiempo que las fichas de dominó estaban colocadas en hilera y sólo había que empujar la primera para que todo se pusiera en marcha. La noticia los había dejado sin palabras, pero por primera vez su silencio era de alegría y no de rabia contenida tras tantos años de represión.

Desde el primer instante fueron conscientes de que actuarían en la clandestinidad. Iban a estar a la altura de los

criminales más peligrosos y las celdas no distinguirían a unos de otros. Pero el poder de las acciones tenía recompensa en el más allá, y ellos sólo debían explicaciones a Allah, el más grande.

De repente, alguien llamó a la puerta.

–¿Quién puede ser a esta hora? –preguntó Samir, alerta.

–No te preocupes, suelo recibir muchas visitas. Seguramente sean nómadas que están de paso.

–¿Amigos?

Basiri asintió.

El anfitrión presentó a los recién llegados en cuanto pasaron a su humilde vivienda, y les ofreció la hospitalidad saharauí. Compartieron su tiempo con precaución, pues las sombras acechaban en el desierto como los alacranes, y el peligro podía estar escondido bajo cualquier piedra. Fuera de su círculo debían guardar silencio: el régimen pagaba demasiado bien a sus confidentes para que tuvieran ojos y oídos por todos lados. Tras pasar al salón, los invitados se unieron al té y jugaron a las cartas hasta medianoche sin sospechar que, en aquellos momentos, se estaba fraguando el nacimiento del primer partido político en la historia del Sáhara Occidental.

Al día siguiente volvieron a reunirse en casa de Basiri para retomar la conversación donde la habían dejado. Fueron entrando poco a poco, como el sol de la mañana, para no levantar sospechas. Cuando tomaron asiento alrededor de la mesa del salón, sus ideas prendieron con la rapidez del aire que circulaba entre las pequeñas ventanas.

–No he pegado ojo en toda la noche –dijo Samir, pasándose la mano por la frente.

–Hermanos –tomó la palabra Basiri–, espero que durante la noche hayáis recapacitado y seáis conscientes de la lucha que tenemos por delante. Si cuando vuelva con la te-

tera continuáis aquí, hablaremos. Si alguien quiere marcharse, no seré yo quien lo juzgue.

Cuando Basiri regresó dejando tras de sí un halo de vapor, el pequeño grupo se mantenía tal como lo había dejado. Acomodados en la misma posición, intentaban mostrarse igual de firmes que sus ideales en un intento por dominar los nervios. Debían estar a la altura de la situación.

A continuación, Basiri sacó un ejemplar del Corán de una estantería para que jurasen su fidelidad sobre el libro sagrado. Fue pasándolo de uno en uno y todos posaron la mano sobre la tapa negra con relieves dorados en los márgenes. Repitiendo las palabras de Basiri cumplían con su deber de patriotas y aseguraban su lealtad. Al terminar, Basiri besó el libro y se lo llevó a la frente.

—Que Allah nos proteja y tenga misericordia de nosotros —oró. Los demás respondieron levantando las palmas como señal de respeto—. Nos queda mucho por delante, pero si no estáis dispuestos a morir por la causa, nada de lo que digamos tendrá sentido. Si no somos capaces de soportar torturas, interrogatorios y cárceles para no delatar a un compañero, será mejor no empezar. Tendremos que vivir como mártires. Ése será el peso que soportarán nuestras conciencias y las de nuestros familiares.

Después de muchas horas, los fundadores acordaron por unanimidad sus bases ideológicas, apoyadas en las doctrinas de los nuevos movimientos árabes. Se comprometieron a guardar el secreto y actuar. Acababa de nacer el Movimiento de Vanguardia para la Liberación del Sáhara, y de él habrían de surgir los primeros cargos, con Basiri como secretario general de la organización.

Al terminar el día, en sus caras había satisfacción y cansancio. Sus abrazos eran sinceros y a través del contacto sentían una emoción nueva, una conexión que unía sus almas

y los empujaba a seguir hasta las últimas consecuencias. Eso sí: si querían conseguir algo, algo grande que se reflejase en la posteridad, debían arriesgarse y reclutar a más militantes de confianza para extender sus ideas por todo el territorio. Como decía Basiri, les quedaba un largo camino y aquello sólo era el comienzo.

Antes de despedirse y regresar a sus casas, tomaron el tercer vaso de té. Un sabor suave como la muerte que los rondaría en adelante.

### 3

## Palacio Real de Rabat, Marruecos 1973

Al terminar las audiencias con el grupo de notables que aspiraban a vivir de la corte, Hassan II se dirigió al salón del trono para aliviarse de un maldito dolor de muelas. Contemplar el mapa del gran Marruecos lo hacía sentirse bien. Consideraba la independencia un proyecto inacabado y deseaba ampliar sus fronteras liberando a sus hermanos árabes, anexionándose a cualquier precio un territorio que en justicia les pertenecía. Necesitaba entrar en los libros de historia como el gran príncipe de los creyentes que había logrado el deseo de su pueblo.

Con las manos apoyadas en una imponente mesa cubierta con un cristal, miraba la maqueta como se mira una tabla en mitad del océano. Había sufrido su segundo atentado, estaba vivo de milagro y necesitaba dar un golpe maestro, una jugada que distrajera a la opinión pública y lo situara de nuevo al frente del país como líder indiscutible. Aún resonaban en su cabeza los tiros del ataque al palacio y lo asediaban las pesadillas durante la noche. La pistola de aquel cadete apuntándolo a la cabeza era una imagen tan real que despertaba espantado y tirando de las sábanas para intentar escapar en la oscuridad. Los Años de Plomo habían desgastado mucho a la Corona marroquí; y, especialmente, lo habían desgastado a él.

Detrás, en la sombra, el coronel Ahmed Dlimi lo observaba como un perro guardián que protegiera a su amo las veinticuatro horas del día. No había sido nombrado para el puesto por casualidad y era conocida su lealtad inquebrantable.

—¡Coronel! —gritó el monarca sin mirarlo.

—¿Majestad? —contestó el otro de inmediato, yendo a su encuentro.

—¿Crees que algún día haremos realidad el sueño de mi padre? —Lo preguntó sin apartar la vista del relieve que tenían ante ellos y que, además de Marruecos, incluía las ciudades de Ceuta y Melilla, las plazas menores de soberanía española, el Sáhara Occidental, Mauritania, una parte de Mali y otra de Argelia. Unos territorios que excedían en mucho sus fronteras.

—No lo dude. Nosotros no acabaremos el proyecto, pero las generaciones futuras lo verán. Lo que sí le aseguro es que pondremos la primera piedra para que nuestros hijos y nuestros nietos terminen lo que nosotros empecemos —concluyó el militar mientras dibujaba con el dedo el contorno del Sáhara Occidental. Estaba seguro de que aquellas tierras pronto habrían de caer en su poder.

El coronel miraba al futuro con hambre feroz y se centraba en el presente para allanar el camino. Necesitaba controlar la situación, y la única persona capaz de ofrecerle ese poder era el monarca. Ya se había jugado la vida en su segundo atentado y le tocaba recoger los frutos. En su día había podido posicionarse del lado de los golpistas; pero había sabido elegir correctamente el bando. Ahora era momento de comenzar la partida con el beneplácito de un rey que lo escuchaba y sabía agradecer la fidelidad.

Dlimi no era un militar cualquiera y no se parecía a sus antecesores, quienes habían orbitado alrededor de la Coro-